

TURQUIA EN UNA ENCRUCIJADA

Debido acaso a que los focos informativos se proyectan insistentemente sobre el conflicto árabe-israelí y, en ocasiones, sobre las singladuras de la flota soviética en el Mediterráneo, Turquía resulta sumida en una especie de penumbra. Ciertamente, los graves incidentes étnicos registrados en Chipre en noviembre de 1967, situaron de nuevo a este país en primer plano de la atención mundial. Pero por buenas componendas, como en 1964 con «cascos azules», el conflicto griego-turco de Chipre ha vuelto a adormecerse y Turquía a reintegrarse a su puesto de nación discreta, sólo ocasionalmente objeto de interés. Las noticias que nos depara la reciente actualidad mencionan casi exclusivamente graves disturbios estudiantiles, tensión social y, a primeros de febrero, manifestaciones antinorteamericanas tales que la VI Flota, de visita en el puerto de Esmirna, estimó conveniente levar anclas antes de lo previsto. Consideradas en sí, semejantes noticias carecen de importancia y sería dramatizar neciamente detenerse a un comentario partiendo de base tan exigua y trivial. La razón que lo justifica es, en primer término, la situación estratégica de este país en el Mediterráneo oriental, similar a la de España en el Mediterráneo occidental, lo cual confiere proyección internacional a eventuales modificaciones de la situación interior y, seguidamente, qué evolución puede registrar su política exterior. En 1964, el conflicto de Chipre dio un alabonazo a la conciencia nacional turca. Y Ankara reconsideró los rumbos de su política exterior. De ahí que cuanto suceda en Turquía o afecte en algún modo sus intereses nacionales, cobra singular interés en la medida en que puede incidir en una política exterior que, como la política exterior de todos los países, está condicionada por factores geográficos e históricos, si bien lo interno y los gobernantes determinan su orientación.

Geográficamente, aunque asiática en la mayor parte de su territorio, Turquía es también europea. Más concretamente, pertenece a un tiempo al Cercano y Medio Oriente y a los Balcanes. Es, finalmente, un país mediterráneo, dueño

de los Dardanelos y el Bósforo, por antonomasia los Estrechos, lugar geométrico de intereses de las grandes potencias occidentales, contrapuestos a los de Rusia antes de 1917 y hoy día de la URSS. En efecto, este país, a la vez que se esfuerza por impedir a enemigos virtuales la penetración en el Mar Negro a través de los Estrechos, ha venido persiguiendo el acceso al Mediterráneo. Las potencias occidentales trataron de impedirlo convirtiendo a Turquía en cerrojo de esa salida al mar libre. Trátase, pues, de una lucha defensiva y ofensiva. El problema no es reciente. Desde la segunda mitad del siglo XIX, el apoyo que Gran Bretaña, Francia y la Alemania del Primer Reich prestaban al «hombre enfermo de Europa» no tenía otro objetivo que poner cortapisas a una expansión de Rusia en un Mediterráneo hacia el que tendía desde finales del siglo XVII. La conquista de Azov—en poder de los turcos—por Pedro el Grande en 1696 y la anexión de Crimea por Catalina II en 1783 inician la larga cuenta de guerras ruso-turcas, siempre apuntando al Mediterráneo y al predominio en los Balcanes. Contribuyeron a dar al traste con el poder otomano, ese vasto imperio que la Primera Guerra Mundial borró del mapa. No obstante, la Turquía de Mustafá Kemal recogió la herencia de los Estrechos, de los que el Tratado de Montreux de 1936 le concedió la plena soberanía, convirtiéndola en su exclusiva guardiana. Es decir, que, fundamentalmente en razón de los Estrechos, desde hace cerca de tres siglos el más temido enemigo de Turquía es esa poderosa vecina, con la que tiene 610 kilómetros de frontera común.

La transformación de la Rusia zarista en Unión Soviética y la lucha de Mustafá Kemal o Ataturk para levantar una República moderna sobre las ruinas del decrepito Imperio otomano modificaron las relaciones hasta entonces existentes entre vecinas. En 1920, tres años antes de que la paz de Lausanne diera carta de naturaleza a la nueva Turquía, Moscú reconoció su soberanía y, en 1921, Lenin firmó con Ataturk un tratado de amistad. Simultáneamente devolvía a Turquía las provincias del Este de Anatolia, conquistadas en 1878 por Rusia. El tratado de amistad y neutralidad turco-soviético de 1925, finalmente, rigió las relaciones de buena vecindad entre Ankara y Moscú, hasta que la Segunda Guerra Mundial alterase los términos del problema internacional tal como se planteaba entre la proclamación de la República turca en 1923 y 1939.

Si el tratado de amistad con la URSS en modo alguno influyó en una Turquía anticomunista y vuelta a Europa en su afán de modificaciones radicales,

tampoco la ató de pies y manos en lo internacional. El rumbo señalado por el creador de la nueva Turquía era a la vez modesto y ambicioso. Se trataba de mantenerse en equilibrio entre el creciente poder soviético y las potencias occidentales con intereses en el Mediterráneo—singularmente Gran Bretaña y Francia presentes en el Cercano y Medio Oriente—y ser factor de estabilidad entre los Balcanes y el mundo árabe, ambos áreas de tradicional tensión y agitación. En consecuencia, Ankara se esforzó en distanciarse de los problemas de sus turbulentos vecinos, pero prestando especial atención a sus relaciones con Grecia, tan pronto como se apagaron los rescoldos de la guerra turco-griega. La destacada significación que los dirigentes turcos han concedido a sus relaciones con Grecia se deriva de una psicosis de cerco. La emoción causada por la cuestión de Chipre y la eventual *Enosis* revela su hondura. En efecto, el Mar Egeo, vía de acceso a los puertos de Istanbul e Izmir, puede ser fácilmente cerrado por Grecia. Dueña de Chipre, Grecia podría amenazar el Sur de Anatolia. Por ello, las buenas relaciones con Grecia ha sido una de las constantes de la política exterior turca, plasmada en una serie de acuerdos suscritos con ese país¹. La amenaza de la Segunda Guerra Mundial hizo que Turquía tomara conciencia de que su política de equilibrio y no compromiso sistemático la dejaba desvalida frente a los dos bandos potenciales, el de las democracias defensoras del *statu quo* y el del Eje, opuesto a él. La firma del Pacto germano-soviético (28 de septiembre de 1939) se le impuso a Turquía como un peligro a corto plazo para su integridad nacional y, acuciada por las circunstancias, Ismet Inonu, jefe del gobierno turco desde la muerte de Atatürk en 1938, se apresuró a arropar a Turquía en el Pacto *tripartita* de octubre de 1939, firmado con Gran Bretaña y Francia, después de fracasadas las gestiones para concluir un nuevo tratado turco-soviético en razón de las exigencias de Moscú: defensa común de los Estrechos y prohibición a los barcos de guerra de los países no ribereños de penetrar en el Mar Negro. Eran condiciones que atentaban a la soberanía de Turquía sobre los Estrechos. No fueron aceptadas por Ankara.

El objetivo del Pacto *tripartita* no era implicar a Turquía en una contienda cuyo teatro de operaciones distaba mucho inicialmente de sus fronteras, sino contar con una ayuda exterior en el caso de que el conflicto se extendiera a los Balcanes y el Mediterráneo, extremo éste que, poco después, no cabría des-

¹ Pacto de amistad, neutralidad, conciliación y arbitraje de Ankara, 1930; *Entente cordiale*, de 1933, y completando ambos tratados, el de Atenas de 1933.

carta, dado que, en su viaje a Berlín en 1940, Molotov expresaría el deseo de Moscú de tener libertad de acción en los Estrechos y el golfo Pérsico. Pero aún antes de que la URSS pretendiera jugar esa carta, su política agresiva en Polonia llevaba a poner en duda el valor práctico de la amistad turco-soviética, garantizada sólo por un tratado que no era de alianza. Turquía restablecía el equilibrio roto inclinándose a las potencias europeas, ya enzarzadas en la lucha contra Alemania, pero firmando con Alemania un pacto de amistad (junio de 1941) y acuerdos económicos para hacer contrapeso. Así, con una mano a los aliados y con la otra a Alemania, Turquía pudo capear el temporal, no intervenir en el conflicto y, no obstante, participar en la Conferencia de San Francisco junto a los vencedores por haber declarado la guerra a Alemania y Japón a tiempo (febrero de 1945). Política y diplomáticamente, había sido una jugada magistral, un éxito.

Los dirigentes turcos no pudieron celebrarlo durante mucho tiempo. Como la noche siguió al día, la guerra fría siguió la victoria de los circunstanciales aliados de la Segunda Guerra Mundial. Turquía fue la primera en registrar las señales de una nueva situación mundial que, en cuanto a ella, podía avizorar desde Potsdam, donde la URSS sugirió a sus aliados la conveniencia de revisar los acuerdos de Montreux. La propuesta no prosperó, pero en noviembre de 1945 la URSS reiteró al gobierno turco sus exigencias de 1939 sobre los Estrechos, aumentadas con la petición de que se le restituyera las provincias de Anatolia retrocedidas en 1921. Ante la respuesta dilatoria de Ankara, volvió a la carga el año siguiente. Escudándose en el argumento de que los acuerdos de Montreux sólo podían modificarse por decisión de todas las naciones signatarias, Turquía resistió la presión soviética, viviendo entonces la angustia de una eventual invasión que, si no podía excluirse en la Europa occidental, con mayor razón cabía temer en una área donde, por el atajo de la ideología, Moscú imperaba en los Balcanes. Aislada geográficamente, convertido en papel mojado el Pacto *tripartita*, dadas las circunstancias de Gran Bretaña y Francia, debilitadas por la guerra, Turquía aceptó y hasta buscó el apoyo norteamericano, como lo hacían los países de la Europa occidental, mantenidos a flote por los Estados Unidos. La necesidad imponía que se desistiera de la política de equilibrio y neutralidad practicada desde la proclamación de la República. La doctrina Truman (1947), según la cual los Estados Unidos intervenirían eventualmente en la Europa oriental y el Cercano Oriente para frenar la expansión soviética, sirvió de amparo a Turquía que recibió inmediatamente

una primer ayuda económica de 100 millones de dólares. De otra parte, en 1949 Gran Bretaña y Francia hicieron saber a Turquía que seguía en vigor el Pacto *tripartita* de 1939 que, sin incluir a aquel país en la Alianza atlántica, lo colocaba en sus aledaños². La guerra de Corea proporcionó a Ankara la oportunidad de manifestar hacia qué bando se inclinaban sus simpatías, sin por ello comprometerse excesivamente. En efecto, el acuerdo de intervención del Consejo de Seguridad—y no de los Estados Unidos—dejaba la puerta abierta a una especie de ambigüedad en cuanto al significado del envío de una brigada turca a los campos de batalla coreanos³.

Si el reloj de la Historia pudiera detenerse, la hora coreana combinada con una ayuda norteamericana hubiese sido ideal para Turquía. Pero no pudo ser así y, por consiguiente, no fue así. En febrero de 1952, junto con Grecia, Turquía ingresaba en la Alianza atlántica cuya área de defensa, a partir de aquella fecha, abarcó el Mediterráneo oriental. En él, Turquía asumió la responsabilidad y misión de ser baluarte de un dispositivo militar que, aun establecido en función de una Europa del oeste susceptible de sufrir un ataque soviético, tomaba en cuenta el Cercano Oriente «más vulnerable a la invasión militar y la infiltración política que Turquía, país rodeado de montañas y de agua, con una población más estable y más marcial», como dijera el conocido estratega británico Liddell Hart.

Al parecer, esta evolución de la política exterior turca se había realizado en forma lógicamente escalonada, aunque suponía una reconsideración global de los principios por los que se había regido durante años. En realidad, fueron circunstancias internas las que convirtieron la prudente inclinación de Turquía hacia el mundo occidental en integración en un sistema político-militar que, claro exponente de la bipolaridad, era defensivo para sus promotores y ofensivo para los soviéticos. En efecto, por abrumadora mayoría, las elecciones de 1950 llevaron al poder el Partido Demócrata dirigido por Celal Bayar, que lo había fundado en 1945 como consecuencia de una escisión en el seno

² Aunque situada en Asia en gran parte de su territorio, Turquía logró mantenerse apartada de las complejidades de la política asiática y, por ello, no asistió a la Conferencia de Nueva Delhi de junio de 1949.

³ A principios del año en curso han sido repatriados los 10 soldados turcos que, en Corea del Sur, representaban simbólicamente la brigada de la guerra 1950-1951. Esa retirada se interpretó como una consecuencia de la nueva política de Ankara de distanciamiento de Washington y acercamiento de la distancia con el campo socialista. Es desorbitar la importancia real de la decisión adoptada por Turquía.

del viejo Partido Republicano del Pueblo de Ataturk, hasta entonces prácticamente partido único, lo cual no pretende decir que en él estaban representadas todas las tendencias de la opinión pública turca. Es más, las drásticas medidas impuestas por Ataturk para renovar hasta los cimientos el vetusto edificio de la nación hirieron en sus sentimientos, tradiciones e intereses a amplios sectores que, durante años, se agazaparon en el silencio, sin por ello dejar de existir, singularmente los sectores religiosos barridos de la escena política por el laicismo militante de Ataturk y sus compañeros de lucha. Entre tales sectores, destacan los campesinos, tradicionalmente religiosos, cuya situación social resultó descuidada en el afán de crear un Estado inspirado en modelos occidentales, es decir, industrializado. Con todo, tampoco las masas obreras, que proliferan con la industrialización, merecieron la debida atención de Ankara que, en lo social, no llevó a cabo la acción que aconsejaba la evolución armoniosa de un país subdesarrollado. A estos marginados sociales se agregaban los marginados políticos, los llamados «reaccionarios», hostiles al nuevo orden. Favorecido por el desgaste del Partido Republicano del Pueblo, el Partido Demócrata halló votos en esa oposición larvada e incoherente, constituida por los inadaptados al régimen de Ataturk y por los que ese régimen no había captado con una política que más que al servicio del pueblo y sus necesidades había estado al servicio de la nación. El viejo Partido Republicano del Pueblo, el de la guerra turco-griega, el de la salvación de Turquía en cuanto país soberano, quedó relegado al papel de opositor con escasa fuerza en el Parlamento.

Los nuevos dirigentes, Celal Bayar, Adnan Menderes y Koprülu, empezaron a gobernar con un estilo impetuoso que contrastaba con las cautelas de sus predecesores y con una pretensión de eficacia constructiva que llevó a Turquía a colocarse sin reservas al lado de Occidente, y más concretamente de los Estados Unidos, cual si quisiera figurar en la palestra internacional con categoría de potencia que cuenta en las grandes decisiones mundiales. Este es un extremo dudoso que, no obstante, nada resta al peso específico de Turquía, ante todo en el Mediterráneo. No se deriva de su poder militar o económico. Cualquiera que sea ese poder, Turquía tiene importancia en el tablero internacional debido a su situación geográfica, al hecho de que tiene un pie en la Europa oriental y el otro en el Cercano Oriente y de que domina ambos lados de unos Estrechos cuyo valor estratégico sigue siendo de primer orden aun en la era de las armas atómicas. De ahí que un cambio de dominio de

los Estrechos, e incluso un cambio de orientación política de Turquía, originaría modificaciones sensibles en el plano internacional y, en primer término, en el área del Mediterráneo. Pero la defensa de la soberanía turca en los Estrechos y, por ende, de Europa, no desembocaba forzosamente en comprometer a Turquía en todo el juego político de los Estados Unidos, y de Gran Bretaña en la década del 50, multiplicando por ello los tratados con países que tienen fronteras comunes o próximas a la URSS, ni a comprometerse en el Pacto de Bagdad que la llevó al resbaladizo terreno de la política árabe, en particular la de una Siria fronteriza caracterizada por su inestabilidad⁴. Entre asegurar su defensa y protección y ser parte activa de una serie de combinaciones político-militares, que beneficiaban sobre todo a los Estados Unidos y Gran Bretaña, mediaba un abismo ante el que no vacilaron los demócratas, aun cuando en 30 de mayo de 1953 la declaración de la URSS de que renunciaba a sus reclamaciones territoriales en aras de las buenas relaciones mutuas, permitiera a Turquía recobrar un tanto su postura de equilibrio o, por lo menos, no renunciarla todavía más⁵.

De otra parte, después de un breve período en que pareció iniciarse la expansión económica del país, se evidenció que la acción de los demócratas no aportaba remedios a una crisis que no había logrado vencer la cuantiosa ayuda norteamericana que, incluso, fomentó esa crisis por permitir que se siguiera tirando, lo cual no impulsó a adoptar las oportunas medidas encaminadas a poner en marcha el desarrollo. El descontento y malestar existentes en Turquía no se reflejaron en las elecciones de 1954, trucadas, y menos aun en las de 1958, en las que se hicieron patentes el fraude y la coacción. No obstante, la escisión del propio Partido Democrático en 1955, que dio lugar a la fundación del Partido de la Libertad, fue exponente de una oposición que se convertía en clara hostilidad en el Ejército. Apolítico por tradición, el Ejército seguía con creciente inquietud la cada vez mayor implicación de Turquía en problemas que no la concernían de modo directo, pero que la afectaban

⁴ La anexión por Turquía del Sandjak de Alejandreta o Hatay, sirio hasta junio de 1939, ha creado una latente tensión entre Ankara y Damasco. No la han neutralizado los múltiples golpes de Estado registrados en Siria.

⁵ En la Asamblea general de las Naciones Unidas, el 23 de septiembre de 1953, el delegado soviético, Vichinsky, declaró que la URSS no tenía reclamaciones territoriales pendientes con Turquía ni con ninguno de sus vecinos.

militarmente en razón de compromisos internacionales⁶. Estos, con motivo de la crisis del Líbano de 1958, resuelta por la intervención de la VI Flota, obligaron a modificar el dispositivo militar y a adaptarlo a dos frentes: el soviético-búlgaro y el sirio. Finalmente, el tratado defensivo turco-norteamericano de marzo de 1959, superpuesto al tratado del Atlántico Norte, pero centrado en la eventualidad de un conflicto regional para el que Washington necesitaba bases operativas, y más de 50 acuerdos bilaterales relativos a la creciente presencia norteamericana en Turquía completaron su integración no sólo en el sistema de defensa de la OTAN, sino su identificación con la política a escala mundial de Washington⁷. Ello convertía a Turquía, fronteriza con la URSS y su satélite Bulgaria y avanzada de la OTAN en el Mediterráneo, en blanco designado de represalias para romper el cerco. De otra parte, el gobierno polarizaba las críticas de sectores diversos de la oposición, desunidos entre sí en cuanto a objetivos perseguidos, pero acordes para arremeter contra los demócratas. En 1958 se inician las primeras manifestaciones obreras, a las que se fueron uniendo los estudiantes. Culminaron en la gigantesca manifestación del 28 de abril de 1960 a la que se sumó en cierto modo el Ejército a través de los cadetes. A esta agitación, provocada por las condiciones políticas y económicas del país, que eran desastrosas, se sumó a primeros de mayo el desafortunado incidente del U-2 norteamericano. En realidad, afectaba sobre todo a los Estados Unidos, pero la amenazadora advertencia de Jrushev a los «países cómplices», o sea, Turquía y Pakistán, añadió un riesgo exterior al peligro de guerra civil dada la magnitud de una agitación que no podía neutralizar la presencia norteamericana en Turquía, como estimaba el gobierno. El Ejército tomó cartas en tan grave coyuntura y el 27 de mayo dio el golpe de Estado que derrocó al gobierno Menderés, llevó a la cárcel a sus miembros y colaboradores y, en 1961, a quince de ellos a la horca.

Un Comité de Unidad Nacional presidido por el coronel Gursel, que asumió los poderes ejecutivo y legislativo, se enfrentó con la tarea de apaciguar el país y poner en orden sus asuntos. Desgraciadamente, la denominación del Comité que gobernaba a Turquía no correspondía a su realidad interna. El

⁶ Singularmente, el acuerdo turco-pakistaní de febrero de 1954; el tratado turco-iraní de 1955. Además, el 5 de marzo de 1955, Turquía, Irán, Pakistán y Estados Unidos firmaron en Ankara acuerdos defensivos bilaterales.

⁷ El pacto de Bagdad se vinculaba a la OTAN por medio de Turquía y a la SEATO por medio de Pakistán.

acuerdo inicial de derribar el gobierno demócrata encubría tácticas distintas para alcanzar el objetivo del bien nacional. Dos tendencias empezaron a enfrentarse en el Comité: una, encabezada por el coronel Gursel, pretendía mantener al país en los principios democráticos sustentados por Mustafá Kemal, en función de unas situaciones evidentemente rebasadas; otra, dirigida por el coronel Turkich, se afanaba por poner al día los principios rectores del kemalismo, o sea, por avanzar. La oficialidad joven se mostraba particularmente representada por esta última tendencia, que no dejaba de mantener contactos con los sindicatos. La tensión en el seno del Comité alcanzó extremos tales, que en noviembre de 1960 el coronel Gursel, cortando por lo sano, eliminó la fracción Turkich del Comité de Unidad Nacional que, en adelante, pudo actuar sin cortapisas y encaminarse rápidamente a instaurar de nuevo una democracia inspirada en el modelo occidental. En julio de 1961 quedó aprobada por referéndum una nueva Constitución, que daría paso a la II República.

Aunque las elecciones de octubre de 1961 no dieran al Partido Republicano del Pueblo un éxito rotundo, Ismet Inonu volvió a la presidencia del gobierno. Pero los problemas de fondo que padecía Turquía y una larga agitación seguida de las dificultades del gobierno de Gursel no permitieron restablecer totalmente la paz interna. En 1962 se produjo un intento de nuevo golpe de Estado militar. Originó una serie de depuraciones en el Ejército y retiros forzosos—con frecuencia, de mandos y oficiales de máxima competencia—. Dieron la impresión de que ese bastión de la defensa del mundo occidental que era Turquía podía ser menos inexpugnable de lo que se esperaba, en razón de su inestabilidad interna. La URSS, en todo caso, actuó cual si percibiera fisuras favorables a sus intereses nacionales en la impotente fábrica de esa fortaleza de la OTAN y vigilante de sus fronteras del Sur. En junio de 1960, apenas instalado el coronel Gursel en el poder, Jrushev le dirigió un mensaje amistoso, sugiriéndole la conveniencia de adoptar una política de neutralidad, al tiempo que reafirmaba la declaración soviética de mayo de 1953 relativa a la integridad territorial turca. Ismet Inonu no le hizo grandes ascos a ese intento soviético para que Turquía volviera a buenas relaciones de vecindad. Tan pronto como tomó las riendas del poder inició una prudente política de relajamiento de la tensión con su vecina, pero sin soltar la prenda de los Estados Unidos ni proclamarse neutralista. En febrero de 1961, el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno Gursel ya había desbrozado el camino, haciendo declara-

ciones sobre los deseos turcos de buenas relaciones con la URSS y los países árabes, que se sentían incómodos por la serie de tratados suscritos por los demócratas, con el propósito de atarlos corto. El XXX aniversario del tratado turco-soviético de marzo de 1921 había sido aprovechado a una por la URSS y Turquía para un intercambio de mensajes. Era un inocuo diálogo diplomático. Ismet Inonu lo prosiguió en el ámbito económico con el envío, a finales de 1961, de una misión comercial turca a Moscú. La URSS no sólo firmó con Turquía un acuerdo comercial—que habría de renovar al año siguiente—, sino que, concedora de las congojas económicas de su vecina, le ofreció un crédito de 500 millones de dólares al 1,50 por 100 anual. Era un crédito irrisorio para poner a flote la hundida economía turca, pero tenía singular significación, dadas las circunstancias de ese país estrechamente vinculado a los Estados Unidos, que disponían en su territorio de numerosas bases. Constituían vivo motivo de inquietud para Moscú que, en ningún otro sector de su territorio, tenía tan cerca al enemigo potencial como en sus fronteras con Turquía. La grave crisis soviético-norteamericana de Cuba en 1962, junto con el deseo de Ankara de un menor compromiso con la política norteamericana, depararon a la URSS una oportunidad de lograr sus deseos: el desmantelamiento en Turquía de las bases más próximas a la frontera soviética, que fue uno de los elementos de la contrapartida exigida por Moscú a Washington para dejar de enredar en el Caribe ⁸.

Aunque no se reunían todas las condiciones precisas para un cambio en las relaciones entre Ankara y Moscú, el hecho es que circunstancias internas y externas habían favorecido un menor distanciamiento entre vecinos cuando en el verano de 1964 el conflicto étnico iniciado en Chipre en diciembre de 1963 alcanzó su punto álgido. La gravedad de la situación llevó a Turquía —y a Grecia— a retirar efectivos de la OTAN para enfrentarlos eventualmente. Y como quiera que la URSS favorecía entonces al presidente Makarios, Ankara la amenazó con cerrar los Estrechos a sus barcos. Es de presumir que no fue esta amenaza la que incitó a la URSS a reconsiderar la carta a jugar decididamente en una situación que estuvo a punto de degenerar en conflicto armado

⁸ El desmantelamiento de las bases soviéticas en Cuba, en octubre de 1962, se negoció contando con el cese del bloqueo de la isla por parte de los Estados Unidos, el compromiso de no invadirla y la supresión de determinadas bases norteamericanas en Turquía. Véase General Beaufré: *Disuasión y estrategia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1966.

entre Turquía y Grecia. Fueron los Estados Unidos los que, al no atinar la jugada, apuntaron a los soviéticos la conveniencia de enmendar el error inicial de apoyar a Makarios, como lo habían hecho, encandilados por la posibilidad de hacer acto de presencia en el Mediterráneo, asentando los reales en Chipre. En cuanto a Washington, aparte de disuadir al presidente Makarios de ceder a la tentación soviética, se las dio un poco de Salomón para dirimir la querrela de sus aliadas, ambas factores indispensables del dispositivo militar en el Mediterráneo oriental: jugó neutral en el pleito turco-griego. Con ello dio a Turquía, la fiel y complaciente aliada, preocupada por el apoyo de la URSS a Makarios, la sensación de que se la desamparaba, llegada la hora de defender cuestión tan vital como era Chipre para Turquía desde 1955⁹. Ciertamente es que el margen de libertad de acción de Washington entre sus dos aliados era muy estrecho, casi nulo, pero Turquía no admitió esta razón y se estimó abandonada ante su problema nacional. Ankara no tardó en reaccionar en forma tal que pudo sugerir una reorientación total de su política exterior: el 30 de octubre, aprovechando la invitación cursada al ministro de Asuntos Exteriores del gobierno Menderes, que no se llevó a cabo debido al golpe de Estado del 27 de mayo, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Cemal Feridun Erkin, llegó a Moscú. El resultado de su gestión no se hizo esperar. Antes de que finalizara el año, Moscú cayó en la cuenta de que no era partidaria de la unión de Chipre y Grecia o *Enosis*, es decir, el caballo de batalla del presidente Makarios. Era favorable, en cambio, a la creación de un Estado Federal que suscita la repulsa del presidente Makarios. Por lo demás, Cemal Feridun Erkin, de regreso a Moscú, se mostró muy reservado ante la perspectiva de que su país participara en la fuerza multilateral, entonces a la orden del día en la OTAN. De otra parte, aludiendo directamente a la OTAN, señaló que ser miembro de esa organización no significaba un hecho permanente.

Si las elecciones de 1965 no hubieran llevado al poder el Partido de la Justicia¹⁰, posiblemente el rumbo de semi-neutralismo que el gobierno de Ismet Inonu había impreso a la política exterior turca hubiera desemboca-

⁹ Chipre dista 100 kilómetros de la costa turca y amenaza directamente las provincias del Sur de Anatolia.

¹⁰ Constituían fundamentalmente el Partido de la Justicia los supervivientes políticos del naufragio del Partido Demócrata, lo cual sugiere que éste no andaba tan falto de arraigo en el país como llevarían a pensar los disturbios callejeros y el golpe de Estado de 1960.

do en un aflojamiento de los lazos de Turquía y la OTAN y, más concretamente, con los Estados Unidos y su red de compromisos político-militares en esa región. Sin embargo, el nuevo gobierno no rectificó ese rumbo. Se limitó a mantenerse al páiro en evitación de escollos. Tal hizo singularmente por que el problema de Chipre, a pesar del arreglo provisional de la ONU, no permitía menospreciar el apoyo soviético. De ahí que el gobierno Urguplu se mostrara prudente y expectante y no descuidara las relaciones con la URSS, tendentes a su normalización ¹¹.

En lo que a Chipre se refiere, la espectación no fue muy dilatada. En noviembre de 1967 se reprodujeron los incidentes entre la comunidad griega y la turca. De nuevo surgió la eventualidad de un conflicto armado entre Turquía y Grecia. Se habría producido en un momento de gran tensión en el Cercano Oriente, cuando la flota soviética, ya presente en el Mediterráneo, parecía retrotraer el mundo a los tiempos de la «guerra fría». Para aumentar la preocupación internacional, el pueblo turco, unánime y excitado, se lanzó a la calle pidiendo a voz en cuello que el gobierno acordara la intervención en favor de sus hermanos chipriotas. Esta explosión de nacionalismo no era lo indicado para frenar los preparativos militares turcos y retener los barcos de guerra en sus puertos. Con todo, la guerra turco-griega no tuvo lugar. En esta ocasión, no fue la ONU la que dio con un arreglo, sino la OTAN, y, por supuesto, los esfuerzos discretos de Ankara y Atenas para que su conflicto, añadido al árabe-israelí, no resultara imposible de controlar. Además, la presencia de la flota soviética en el Mediterráneo y el temor de que la simpatía manifestada a Turquía en el asunto de Chipre se expresara en forma demasiado contundente, fueron argumentos para enfriar los ardores bélicos de Ankara, muy discreta en cuanto al paso de buques de la flota soviética por los Estrechos, en evitación de cuanto pudieran provocar una revisión de los acuerdos de Montreux. Dio muestras de la misma sabia prudencia cuando los barcos norteamericanos penetraron en el mar Negro. La potencia naval soviética podía sufrir sin daños unos paseos

¹¹ No cabe descartar que se espabile el adormilado problema de Chipre. Cuando las negociaciones entre las dos comunidades de Chipre están en una fase muy delicada, los dirigentes turco-chipriotas amenazan con constituir un Estado turco-chipriota independiente. De otra parte, *Eleftheria*, diario griego-chipriota, en un editorial (25 de febrero de 1971) se queja de la violación de las aguas territoriales de Chipre por tres barcos patrulleros turcos.

qué Turquía fingió ignorar, sustituyendo el papel de cerrojo que se le asignara por el de simple guardabarrera que da paso cuando se lo piden.

Por lo demás, las ingentes dificultades económicas de Turquía influyeron para que sus gobernantes no dispersaran sus esfuerzos. Por el contrario, se aplicaron a podar el frondoso árbol de su política exterior en tiempos de Menderes, hasta reducirlo a lo esencial de las conveniencias nacionales, adaptándolo a las necesidades de su desarrollo, entorpecido por unos gastos militares del 40 por 100 del presupuesto del Estado, a pesar de la cuantiosa ayuda norteamericana. Ello da idea del caos administrativo y económico de la década demócrata que convirtió a Turquía en tonel de las Danaides y posteriormente tornó a los Estados Unidos más circunspectos para conceder créditos. Esa reserva, en ocasiones, no dejó de gravitar sobre las relaciones turco-norteamericanas. En cambio, la URSS, tomando en cierto modo el relevo, se dispuso a participar en los planes de desarrollo económico turco¹². El gobierno Demirel aceptó sin vacilar la oferta soviética de ayuda industrial a largo plazo y firmó el acuerdo correspondiente en marzo de 1967.

Esas buenas relaciones de vecindad con la URSS se reflejaron en la alianza con los Estados Unidos a través de la OTAN, si bien jamás se ha mencionado el propósito de Turquía de abandonar esa organización, siguiendo el ejemplo de Francia¹³. Pero Ankara ya no desempeña el papel de «duro» en una organización que, lo ha recordado insistentemente, es la expresión militar de una alianza militar prevista para el área europea y que en modo alguno abarca otras regiones. En su viaje a Turquía del pasado octubre, el secretario de la Defensa, Melvin Laird, expresó el propósito de reforzar el flanco Sur de la OTAN y, para ello, mencionó un plan destinado a modernizar la marina de guerra turca, «en razón del importante papel que desempeña en el Mediterráneo». Turquía no ha dado señales de que añora los tiempos en que su flota surcaba ese mar como gran potencia naval. Es más, todo incita a pensar que, desde su punto de vista, el flanco Sur de la OTAN se confunde peligrosamente con el avispero del Cercano Oriente que no conviene a su interés nacional. El Cercano Oriente es fundamental-

¹² Los créditos soviéticos se cifraban en 1968 en 4.000 millones de libras turcas, o sea, el 80 por 100 de las inversiones públicas del presupuesto de 1967.

¹³ Todos los partidos políticos turcos, con excepción del Partido Obrero, ampliamente minoritario en la Cámara, son partidarios del mantenimiento de Turquía en la OTAN.

mente la región que Ankara estima estar fuera del ámbito de la OTAN, debido sobre todo al conflicto árabe-israelí. Aunque no haya cesado de proclamarse neutral en el largo pleito entre árabes e israelíes, Turquía reconoció *de facto* a Israel en marzo de 1949, y al año siguiente, *de jure*. Fue un error de apreciación de la sensibilidad de los países árabes en este problema y uno de los factores que han enturbiado las relaciones de Turquía con el mundo árabe, donde le cabía desempeñar una misión de buena componedora. Ankara se ha percatado de ese error político y, sin salirse de su neutralidad, ha abogado en favor de la Resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967, dirigiendo oficialmente, con sus aliados del CENTO, en mayo de 1970, un mensaje al presidente Nixon para que resolviera la cuestión del Cercano Oriente sobre esa base. De otra parte, se ha cuidado de que no se produzcan roces con los países árabes, en particular con sus vecinos Iraq y Siria. Finalmente, como quiera que el CENTO—que ha sustituido ese desafortunado engendro que fue el Pacto de Bagdad¹⁴—ha perdido su inicial importancia y significación política y militar para desembocar en una cooperación económica, se han ido disipando los recelos árabes, lo que permite a Turquía mantenerse apartada de las complejidades peligrosas de la vida política de sus vecinos.

Con sus vecinos de los Balcanes, Turquía se muestra menos reticente. Caído en el olvido, en razón del conflicto chipriota, el tratado de amistad con Grecia y Yugoslavia de febrero de 1953, convertido el siguiente 9 de agosto en alianza, Turquía pareció inclinarse desde 1960 a los tratados bilaterales con los países balcánicos, incluida Bulgaria, una vez superada la tensión provocada en 1950-51 por la expulsión de la minoría turca afincada en territorio búlgaro. Las visitas a Sofía, a principios del año en curso, del presidente Ceausescu y, seguidamente, de su colega turco Suleiman Demirel y el proyectado viaje del presidente Tito a la capital de Bulgaria—después de relajada la tensión búlgaro-yugoslava por la Macedonia—, han dado a pensar que semejante intensificación de las relaciones entre países balcánicos podría encaminarse a la creación de una agrupación regional. Aunque reacia a todo intento federativo en los Balcanes, por ser contrario a uno de los objetivos de su política, que es mantener la unidad del bloque que acaudilla, la necesidad

¹⁴ Véase Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA: *Fallos del Pacto de Bagdad*, en el número 38 de esta REVISTA, agosto 1958.

para la URSS de que se celebre la Conferencia de Seguridad europea puede llevarla a admitir cierta libertad de movimiento de los países socialistas, es decir, a no contrariar una tendencia a la agrupación, consecuencia de una emancipación que no cabe frenar con sucesivas invasiones de tipo checoslovaco, dada la existencia de ese implacable fiscalizador de la URSS que es China Popular. Una agrupación regional, por lo demás, no es incompatible con cierta vinculación a la URSS de los países socialistas, debido singularmente al factor ideológico, y no arredraría a Turquía en el camino de un acentuado neutralismo del que Yugoslavia es ejemplo. Tal eventualidad no reforzaría ciertamente la posición de los países actualmente agrupados por la Alianza atlántica. Aun cuando la proyectada Conferencia de Seguridad implicara acuerdos tendentes a que desaparezcan, pura y simplemente, los dos bloques militares antagónicos, la OTAN y el Pacto de Varsovia¹⁵, obvias razones de estructuras políticas y económicas, aparte de las ideológicas, mantendrían entre los antiguos bloques una diferencia, por no decir luchas de intereses, ello incluso en el marco de una Europa asegurada contra el conflicto armado entre europeos. Lo que sucede entre las seis democracias occidentales del Mercado Común induce a considerar con algún escepticismo el futuro de la Europa que puede surgir de la Conferencia de Seguridad. En efecto, pese a las profesiones de fe en la Europa diseñada por el Tratado de Roma, las realidades nacionales imponen a los Seis criterios que rara vez son coincidentes en problemas esenciales: por ejemplo, la unión económica y monetaria y la ampliación del Mercado Común. Por ello, en función del interés nacional—que es factor permanente y disociado de la

¹⁵ El general Beaufré abriga a este respecto dudas razonadas. “La organización de la seguridad en Europa ha dado origen a ambiciosos proyectos: Europa establecería un sistema de seguridad colectiva que uniera el Este y el Oeste y los ‘dos bloques’ militares serían entonces disueltos. Esta fórmula, que corresponde al término del compromiso recíproco de los Estados Unidos y de la URSS en Europa, no se ajusta del todo con la hipótesis de un acercamiento estrecho entre la URSS y los Estados Unidos: cada uno dispone, mediante la OTAN o el Pacto de Varsovia, de una clientela política que le es más fácil controlar merced a los ‘bloques’ que sin ellos. A partir del momento en que la URSS y los Estados Unidos estarían en confianza, es poco probable que aceptarían renunciar a las comodidades que les brindan esos bloques que ya no se opondrían, pero que, por el contrario, podrían colaborar más o menos estrechamente”. *Stratégie*, núm. 13, julio-ágosto-septiembre de 1970, París. Véase el artículo titulado *Perspectives stratégiques des années 1970*.

celebración o no celebración de tal o cual conferencia—, no puede descartarse que Turquía considere conveniente formar parte, más adelante, de una agrupación regional antes que ser eslabón suelto de la cadena de países de la Europa occidental. El enfriamiento de sus relaciones con los Estados Unidos es factor susceptible de animar a Turquía en su cauteloso encaminarse hacia un semi-neutralismo que, dado el contexto internacional, no perjudica sus intereses e incluso podría favorecerlos de tomar en cuenta la grave situación interna originada por problemas socio-económicos que amenazan la existencia misma de la II República ¹⁶.

En efecto, el gobierno del Partido de la Justicia, en el poder desde 1965 y que conservó la mayoría en la Cámara después de las elecciones de octubre de 1969, se enfrenta con una oleada de agitaciones, en parte suscitadas por las luchas entre estudiantes de extrema derecha y extrema izquierda. Sin vacilar, pueden calificarse de subversivas, dada la magnitud y violencia de la revuelta que trae a la memoria los motines que precedieron al derrocamiento del gobierno Menderes por el Ejército. El ministro del Interior ha dicho de esa agitación que es «un ensayo de revolución comunista», lo cual no concreta la fuente ideológica en que bebe la juventud izquierdista, los obreros y asimismo los campesinos carentes de tierras que, con desprecio de las leyes, en las provincias alejadas de la capital, llevan a cabo por su cuenta la reforma agraria, a costa del terrateniente que tienen a mano, el tradicional «aga» ¹⁷. ¿Son tales fuentes soviéticas? No se evidencia. Como quiera que la URSS viene resolviendo la contradicción entre el interés nacional y los imperativos de la ideología revolucionaria con la fórmula de «la coexistencia pacífica», ya no se trata de fomentar directamente la subversión en los países, siempre que éstos se avengan a no amenazar esos intereses nacionales. Este es el caso de Turquía actualmente, en particular en la cuestión del Cercano Oriente. En cambio, en su propósi-

¹⁶ En los primeros años del gobierno Demirel (1965-1969) se registró el éxito económico de un aumento medio del 6 por 100 del producto nacional bruto. Posteriormente, la realidad quedó muy por debajo de las previsiones. Así, el incremento de la renta nacional, que según el plan quinquenal debía ser del 7 por 100, no superó en 1969 el 6.40 por 100, siendo del 4,8 por 100 en 1970. Las exportaciones de 1970 han sido inferiores en 600 millones de dólares a las previsiones del plan.

¹⁷ Pese a los esfuerzos de industrialización, los campesinos representan el 75 por 100 de la población turca. *Relazioni Internazionali*, año XXXV, núm. 4, 1971, Milán.

to de estar a la cabeza de la revolución mundial, es incuestionable que China Popular hace un esfuerzo y logra una influencia que no precisa su presencia física en un país para crear un estado de subversión. Porque es obvio decir que no hay chinos en Turquía, aunque no escasean en ciertos países árabes—y vecinos—y existen representaciones diplomáticas de China Popular en países balcánicos, concretamente en Yugoslavia y Rumania, que constituyen focos de propaganda. La situación económica y social de Turquía es terreno abonado para que florezca la ideología maoista. Los graves disturbios del pasado junio en Estambul, que aconsejaron la proclamación de la ley marcial en vigor durante todo el verano, surgieron como protesta por el alza del coste de la vida, que se calcula ha aumentado en un 78 por 100 entre 1963 y 1970, sin que se haya producido un adecuado aumento de sueldos y salarios del sector privado¹⁸. El descontento social crea una situación que minorías revolucionarias—incluso exiguas—pueden explotar y todo sugiere que esa minoría desarrolla una intensa actividad en Turquía. Para neutralizarla, aparte de las clásicas medidas de policía, que no pueden emplearse como solución, hay el vacío originado por la carencia de un programa coherente de acción del gobierno Demirel para sacar decididamente al país del bache en que se halla. Para que Turquía pudiera conseguir un desarrollo apenas iniciado, no bastaría con el ingreso en un Mercado Común, con el que consiguió asociarse, lo que no ha resuelto nada, dadas sus circunstancias de pariente pobre del Club de los Seis que, eso sí, dan trabajo a sus emigrantes, en particular la República Federal¹⁹. El desarrollo turco requiere previas reformas drásticas, incluso una revolución como la que acometió Ataturk, pero con principios y métodos ajustados al presente. No es Suleiman Demirel, bajo cuyo mandato el capitalismo ha vuelto a ocupar las posiciones de las que le desalojó Ataturk, el hombre de esa revolución. Tampoco se perfila el nuevo Ataturk en las filas de los diversos partidos po-

¹⁸ El gobierno, ha acordado aumentar los sueldos de los militares y los funcionarios. Tal aumento va en perjuicio de las inversiones públicas, ya que absorbe el 50 por 100 del presupuesto. El poder adquisitivo de la libra turca ha disminuido del 60 por 100 entre 1963 y la actualidad debido a la devaluación.

¹⁹ En 1970 se registraron 500.000 emigrantes turcos en la República Federal. El importe de las cantidades enviadas asciende a 265 millones de dólares. La deuda exterior de Turquía es de 150 a 180 millones de dólares. Es decir, la importancia que tiene esta ayuda al país procedente de sus emigrantes.

líticos. Por lo demás, el gobierno Demirel harlo hace con tratar de impedir un estallido revolucionario, habida cuenta de su desgaste y creciente impopularidad. Ni siquiera podría apoyarse en la Cámara para emprender la tarea de saneamiento que apaciguaría acaso al país. La confortable mayoría de que gozaba el Partido de la Justicia, con sus 256 diputados, se ha visto sensiblemente mermada al desgajarse su ala derecha en el pasado diciembre y crearse el Partido Democrático, presidido por Ferruh Bozbey, antiguo presidente de la Asamblea, y, en febrero, el «Grupo de los 26», dirigido por Bilgiç, lo cual redujo la mayoría parlamentaria a un solo voto²⁰. Con semejante Cámara, una agitación subversiva en la Universidad y en la calle, ¿qué salida tiene el gobierno Demirel, políticamente hablando? La que ha adoptado, anticipar las elecciones de 1973, por democrática, es posiblemente la manera menos desairada para Suleiman Demirel de abandonar el poder, pues parece dudoso que salga de las urnas una adhesión mayoritaria susceptible de mantener el Partido de la Justicia al frente del gobierno, si las elecciones se celebran correctamente. Con todo, cabe preguntarse si es muy oportuno sumar a las tensiones existentes en Turquía los alborotos de una campaña electoral que el radicalismo de ciertos grupos—de izquierda y extrema derecha—puede llevar a un punto de incandescencia, por no decir de revolución. El camino de la agitación no es el más corto para alcanzar la estabilidad.

En este confuso panorama, algunos observadores han señalado reiteradamente un factor que califican de incógnita: el Ejército. No se nos alcanza por qué semejante factor, que sin aventurar pronósticos puede ser decisivo en la encrucijada en que se halla Turquía, suscita dudas. Aunque influido por el concepto occidental de que la única misión del Ejército es defender al país en caso de ataque procedente del exterior a su integridad territorial y soberanía, las fuerzas armadas turcas abandonaron esa postura el 27 de mayo de 1960 por estimar que peligraba la vida de la nación amenazada desde el interior por la subversión. Por si este antecedente no fuera suficiente para considerar una eventual intervención de las fuerzas armadas en la actual difícil situación de Turquía, recordemos que la Constitución de 1961

²⁰ La Cámara turca comprende 450 diputados. Hasta diciembre de 1970, el Partido de la Justicia ocupaba 256 escaños, el Partido Republicano del Pueblo, 143; los restantes partidos sumaban 51 diputados, todos más o menos opuestos al partido en el poder. Constitucionalmente, aunque el gobierno Demirel no contara con un voto mayoritario en la Cámara, puede seguir en el poder.

convierte al Ejército en custodio de la herencia de Atatürk y garante del orden constitucional. De otra parte, a través del Consejo de Seguridad Nacional, el Ejército está en condiciones legales de estar al tanto de la situación y, llegado el caso, de disponer la adopción de las oportunas medidas, singularmente cuando los bandazos políticos del país hacen correr riesgos graves de derrumbamiento de un orden e independencia que el Ejército ha de defender, provenga la amenaza del exterior o del interior, como sucede actualmente. Cual oportuno recordatorio del papel singular del Ejército en Turquía—que se asemeja al que la Ley Orgánica asigna al Ejército español—, dominando el tumulto de voces que desde sectores antagónicos claman por echar abajo las estructuras político-sociales del país, el pasado 24 de noviembre el general Batur, jefe de las Fuerzas Aéreas, se dirigió por carta al jefe del Estado, presidente Sunay. Le pedía la dimisión del gobierno Demirel y la creación de una Asamblea constituyente para «defender los principios kemalistas actualmente pisoteados», pero que el Ejército está dispuesto a defender. Asimismo, haciendo hincapié en la misión que le corresponde al Ejército en la II República, pedía que se ampliaran las atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional, debido a una situación que entrañaba una amenaza a la independencia nacional. Remachando el clavo, el 31 de diciembre, el jefe del Estado mayor, general Memduh Tagmac, hizo una seria advertencia a aquellos que «intentan atacar la integridad nacional del régimen republicano y las reformas de Atatürk», es decir, tanto la Unión de Jóvenes Radicales, el grupo Devgenc (juventud revolucionaria de izquierda), la Federación Social-Demócrata de Estudiantes turcos (puesta fuera de la Ley el 23 de diciembre de 1970), el Ejército de Liberación Popular de Turquía y otras organizaciones izquierdistas como los nostálgicos del régimen Menderes, políticamente agrupados desde fecha reciente en el Partido Democrático, y las organizaciones de extrema derecha de matiz religioso o no y más o menos apoyadas por los sectores que constituyen la base electoral de Demirel, los industriales y terratenientes. El general Tagmac volvió sobre el tema con mayor energía en un artículo del diario *Cumhuriyet*, del 10 de febrero. Días después, el presidente Sunay y el general Tagmac, conjuntamente, se dirigieron a los 35 millones de turcos invitándoles a constituir un frente unido contra los extremismos, fueran de izquierda o de extrema derecha.

Estas tomas de posición evidencian que el Ejército no se hurtará al

deber de intervenir, de evolucionar los acontecimientos hacia una revolución o guerra revolucionaria que imponga salir de la línea Maginot de un apartamiento de la política, que permite a las fuerzas subversivas atacar a los países por esa retaguardia que constituyen los problemas socio-económicos. No obstante, a la hora de redactar, y aunque no haya indicios de que las aguas desbordadas tienden a volver a su cauce, el Ejército no ha entrado en acción. Esa circunspección parecería enigmática de no sospecharse que está muy presente en el Ejército el recuerdo del golpe de Estado de 1960, que, a la postre, se saldó con un fracaso, pues de fracaso puede calificarse el no haber enderezado decididamente el rumbo interno de Turquía. A los cinco años de la toma del poder por el coronel Gursel, empezó a volver a las andadas, es decir, a las normas de gobierno de los tiempos de Menderes, que dirigió al país de espaldas al bien común y en provecho de determinadas minorías ²¹.

Todo induce a concluir que una de las razones por las que los militares del grupo Gursel dieron muestras de premura por entregar el poder ejecutivo y legislativo a los civiles, es consecuencia de la preocupación turca por mantener al país en el marco de los principios de la democracia occidental, en contra del criterio sustentado por la fracción del coronel Turkich, portavoz de los oficiales jóvenes partidarios de acometer las reformas que se imponían. El coronel Turkich fue arrojado a las tinieblas exteriores y los jóvenes oficiales encerrados en sus cuarteles, dejándose el cuidado de imprimir una nueva orientación al país a los políticos devueltos a sus cargos y escaños, merced a una pronta reinstauración de la legalidad republicana y el sistema electoral, tras un breve y vano paréntesis de mando militar. Las consecuencias de la falta de conexión inicial en los objetivos perseguidos por los mandos militares en 1960 están a la vista. Aquella lección, y más aún acaso la del fallido golpe de Estado de 1962 y las depuraciones que siguieron, han sido escarmientos que tornan a los militares prudentes, si bien verbalmente los mandos no se privan de expresar su descontento. Tampoco los oficiales jóvenes, fieles a la esencia patriótica del pensamiento de Atatürk,

²¹ Así, en el pasado agosto el gobierno Demirel adoptó una serie de medidas destinadas a corregir la coyuntura desfavorable. Entre ellas, la devaluación de la libra turca. Los grupos de presión llevaron al gobierno a aplazar su aplicación, salvo la devaluación, cuyo coste pagaron de hecho las clases económicamente débiles, dado en particular la congelación de sueldos y salarios.

se privan de dar a conocer su opinión. Después de la represión de **Istanbul** del pasado junio, debida a los disturbios provocados por el propósito gubernamental de promulgar una ley tendente a coartar las libertades sindicales, los jóvenes oficiales declararon que no participarían más en una acción represiva. Pero esa negativa, que no puede por menos que tener el respaldo de algunas altas jerarquías militares, no significa unidad de criterio en cuanto acción futura. Y por no existir en el Ejército turco una Junta militar semejante a la que existía en el Ejército griego, una toma del poder, técnicamente fácil, se impone plagada de dificultades políticas si los artífices del golpe de Estado abrigan la ambición de renovar realmente su país, extremo éste que no parece pueda conseguirse en el marco de las instituciones vigentes, a menos de que surgiera un nuevo Ataturk en el partido que fuera llamado a gobernar. De momento, no se vislumbra. Únicamente, el anciano Ismet Inonu aparece como el político susceptible de beneficiarse del derrocamiento del gobierno actual por un Ejército acaso alérgico en sus mandos a las responsabilidades del poder director. Sería, en tal caso, reiterar lo sucedido en 1961, aunque el Partido Republicano del Pueblo, en la oposición desde 1965, haya puesto al día, entre tiempo, un vasto programa de reforma agraria y fiscal y de eliminación de la prepotencia del capital extranjero en la economía turca ²², aparte de un plan, que puede considerarse progresista, de reformas de estructuras político-sociales del país, cada vez más orientado hacia el semi-neutralismo en lo exterior. Sin embargo, para que el partido que creó Mustafá Kemal desembocara en la luz de un futuro de orden, justicia social y desarrollo, no sólo sería preciso que el Ejército lo ayudara a pasar el túnel de la situación actual. Precisaría posiblemente injertos de espíritu castrense joven para renovar los tejidos del pensamiento de Mustafá Kemal, envejecidos por una larga andadura en pos de la Turquía que soñó.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

²² Aparte de los Estados Unidos y la URSS, hay que señalar que la República Federal ha facilitado ayuda técnica a Turquía por un importe de 80 millones de marcos y ayuda y créditos diversos que representan dos veces y media el importe del presupuesto turco de 1971.

